

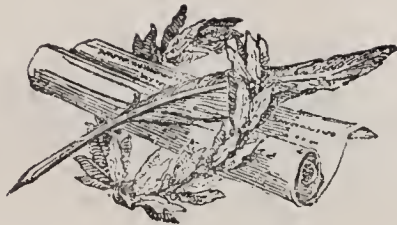
EL REY

ALFONSO PRIMERO.

DRAMA HISTORICO EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

POR

FERNANDO BORBOLLA FERNANDEZ.



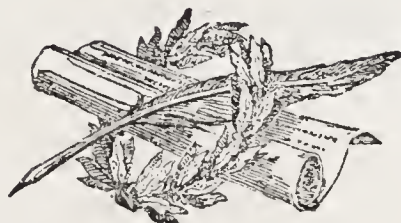
MADRID.—1866.
Establecimiento tipográfico de Estrada, Diaz y Lopez.
Hiedra, 5 y 7.

EL REY
ALFONSO PRIMERO.

DRAMA HISTORICO EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO,

FOR

FERNANDO BORBOLLA FERNANDEZ.



MADRID.—1866.
Establecimiento tipográfico de Estrada, Diaz y Lopez.
Hiedra, 5 y 7.

EL REY

ALFONSO PRIMERO

REY DE CASTILLA Y LEÓN

REY DE ARAGON

Es propiedad de su Autor.



Impreso en la imprenta de la Real Academia de la Historia
en el año de 1884

Á MI QUERIDO AMIGO

SABAS HERREROS Y SORIANO

como una prueba de cariño,

El Autor.

715510

Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

PÉRSOÑAJES.

Alfonso I.....	Rey de Asturias.
Hormesinda.....	Madre de Alfonso.
Berta.....	Amada de Alfonso.
Teodoro.....	} Capitanes asturianos.
Fernando.....	
Gonzalo.....	
Alistar.....	Wali de Zamora.
Ali.....	Wali de la Frontera.
Abdelmelek.....	Wali de Leon.
Omar.....	Hijo de Abdelmelek.
Zaida.....	Amada de Omar.
Zaide.....	Capitan moro.
Soldados, pueblo.....	Cristianos y moros.

LA ESCENA ES EN ESPAÑA.

El 1.º acto en Cangas de Onís.—El 2.º y 3.º en Zamora.—Y e
4.º en Leon: por los años de 742.

TABLE I

1.
2.
3.
4.
5.
6.
7.
8.
9.
10.
11.
12.
13.
14.
15.
16.
17.
18.
19.
20.

TABLE II

...

ACTO PRIMERO.

Salon de armas con troleos moriscos y varias armaduras sobre pedestales.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon se oye una música y aparecen todos los grandes. Los capitanes y guerreros cubren la escena y en el centro está Hormesinda, á su izquierda Alfonso y detrás los pages, que tienen en dos bandejas cubiertas con paños de grana y las armas reales, la espada y casco del rey.

HORMESINDA, ALFONSO, TEODOREDO.

HORMES.

Si por desgracia la corona hispana
no sostuvo Favila el indolente,
á esa diadema de la flor cristiana
más lustre le dará tu augusta frente
Ahora de mi padre eclipsarás
los triunfos belicosos y esforzados,
y al infiel Abdasida lanzarás
á los desiertos rojos y tostados.
Yo te cedo el dosel que de mi hermano,
por desgracia, de Asturias heredé,
y ensanchando el imperio del cristiano
guirnaldas á sus piés deposité.

(Alfonso cae de rodillas y su madre le ciñe la espada.)

Te armo caballero; y esta espada,
que con sangre de infieles teñirás,
de lauro inmarcesible coronada
con soberano orgullo llevarás.

Todos estos guerreros que aquí están
impacientes de verte en la pelea,

á tu lado primero morirán
que avasallada tu corona sea.
La sangre de Pelayo sea, hijo mio,
la que circule siempre por tus venas,
dando á tu brazo esfuerzo y noble brio
para romper de España las cadenas.

ALFONSO: Yo juro, madre mia, destruir
ese sólido alcázar mahometano;
ó me vereis impávido morir,
ó sacudir del moro el yugo insano
Esta corona, carga muy pesada,
mis vacilantes sienes sostendrán;
al verla de victorias laureada,
los árabes califas temblarán.
Como de hierro, círculo sangriento,
Asturias alzaré solo montañas,
rechazando do quier al lobo hambriento
entre proezas mil y mil hazañas.
Pues nos brindan Castilla y Lusitania
con botin rebozado en sangre mora,
y gritando do quier *Hispania, Hispania*,
despleguemos bandera vencedora.
Vereisme acaudillar á mis legiones,
donde no faltará solo un valiente,
enmedio de africanos batallones,
en mil combates belicosa gente.

HORMES. Ese volcan entusiasmado y santo
que lanza de tu pecho llama pura,
enjugará de Iberia el triste llanto,
bendiciendo do quier á tu bravura.
No se apague esa llama ya encendida;
Sea la suerte á tu valor propicia;
y del muslin la hueste, combatida
véase en las montañas de Galicia.

TEODORE. Esas vírgenes santas inmoladas,
esos templos de Cristo profanados,
piden que desnudemos las espadas
y sean esos mártires vengados.
Esa Castilla, perla nacarada,
doblega ante los moros la rodilla;
en sangre propia y en sudor bañada,
el oprobio la cubre y la mancilla.
Es nuestra hermana fiel. Esa frontera
hasta Toledo debes ensanchar.
Desplega en esos campos tu bandera,
y su llanto lograremos enjugar.

ALFONSO. Guerra civil al Africa encendia,
lo mismo que á la España musulmana;
por eso mis guerreros contenia
y se mostró neutral la Cruz cristiana.

Ahora ya la paz en sus estados
batió las alas vigorosamente,
los ejércitos moros, apiñados,
esperan el combate frente á frente.

TEODO. Pues bien, Alfonso: cuando el día nuevo
inunde con su luz al Occidente,
da rienda suelta al indomable fuego
y sea de valor fecunda fuente.

ALFONSO. Mis huestes aprestadas al combate
estén para mañana. (*A Teodored.*) Despejad. (*A todos.*)

HORMES. Adios, Alfonso, que mi pecho late
al mirar tu severa majestad.

(*Se oye una marcha y se va por la izquierda Hormesinda con sus damas, por la derecha los pages y por el centro los grandes y capitanes. Los guerreros van abriendo la marcha.*)

ESCENA SEGUNDA.

ALFONSO, luego TEODOREDO.

Soy jóven; demasiado. Más mi ardor
mostraré en los combates; y animoso,
ejemplo dando de feroz valor,
por mi patria á luchar iré brioso.
Cede la Europa ya al empuje fiero
del feroz musulmán. En su carrera,
¿quién detendrá su ardor fuerte y guerrero?
¿Le detendrá tan solo mi bandera!
Hijos de Asturias: vuestro honor os llama
á vencer al infiel, allá en Castilla:
el pendon desplegado ya se inflama; (*Con entusiasmo.*)
tirad, valientes, de la atroz cuchilla.
El bélico clarín cruja en el viento
por los montes y valles resonando;
y á la voz de la patria, en un momento
los vea sus banderas tremolando.
Confío me dispense su favor
la Virgen inmortal de Covadonga;
entónces verá el mundo mi valor
en la lid, que sangrienta se prolonga.
Sostendré mi bandera en las batallas
que trabé con el moro. Mis legiones
asaltarán los fosos y murallas,
castillos, baluartes y torreones.
¿Quién resistirá el brio de mi brazo?
¿Quién detendrá mi espada victoriosa?
las armas no. (*Pausa leve.*)
Más un cobarde lazo
en medio de la noche tenebrosa.
Pero no hay que temer: en la montaña

lidiaron los soldados que yo llevo;
 avezados á estar siempre en campaña,
 á donde luchan, es con gran denuedo.
 De la cristiana espada tiemble Oriente
 y Damasco, y la Siria; tiemble en coro,
 y de la libertad el dulce ambiente
 sienta el vencido mundo por el moro.
 ¿Qué es la vida sin patria y sin honor?
 sin patria y sin honor la vida es nada;
 el guerrero dotado de valor
 á la defensa de la patria amada.....

(*Aparece un soldado.*)

SOLDADO. (*Saludando.*) Poderoso señor, pide á tu alteza
 licencia para hablarte Teodoredo
 el noble capitan.....

ALFONSO. Dile que pase.

TEODORE. (*Entrando.*) Dios te guarde, Señor.

ALFONSO. Y á tí, guerrero,
 gloria sin par de la asturiana gente,
 brazo terrible de mi chico imperio;
 el esforzado y noble combatiente
 que más quiere su rey, es Teodoredo.

TEODORE. Ya se que me dispensas tu cariño;
 gracias, Señor, os doy; en cambio ofrezco
 una espada que ciñe mi cintura
 y un brazo que la esgrime.

ALFONSO. En nombre de la patria, lo agradezo.
 De la patria resuena voz potente;
 llama á sus hijos á la lid horrenda.

TEODORE. ¡Que la acepte la patria! De mi gente
 es para noble patria chica ofrenda.
 Indomable fiereza, cuan honrosa,
 muestra tu juvenil y heróica frente,
 que es de la goda estirpe, victoriosa
 y terrible memoria del valiente.

ALFONSO. Sí, noble Teodoredo; quiero al mundo
 dar muestra del valor que arde en mi pecho.
 ¡Fatídico valor!.... grande y fecundo,
 do mostrarle no hallé sangriento trecho.
 Júntense mis guerreros campeones
 do el marcial aparato tanto brilla,
 lanzando en pos de mí cien escuadrones
 por las verdes praderas de Castilla.

TEODORE. ¡Bravo! Vive Dios que ufano (*Con entusiasmo.*)
 marcharé de seguir siempre á tu lado,
 y cual yo marchará cualquier cristiano
 contra el árabe fiero.

ALFONSO. Teodoredo; las naciones
 todas doblan su cerviz,
 humillados sus pendones

en fiera y terrible lid.
 ¿No ves al Africa hacer
 de su valor fiero alarde?
 Pues ante el árabe ayer
 dobló la frente, cobarde
 La Persia, noble nacion
 guerrera, nunca humillada,
 cúbrese de vil baldon
 ante el árabe postrada.
 Del Asia verdes praderas
 pisan los negros corceles,
 y sus bordadas banderas
 presa son de los infieles.
 Todos huyen cuando apenas
 ven asomar sus caballos;
 Desde las cumbres de Atenas
 á Siria, son sus vasallos.
 Ante poder tan coloso
 cede la vencida Europa,
 por un pueblo belicoso
 al mar lanzada su tropa.
 ¡Pues bien! Donde sus bridones
 los cascos plantar osaron,
 ven clavados sus pendones
 y esclavos solo miraron.
 Nuestra patria con constancia
 el ataque resistió.....
 Contrastando su arrogancia
 briosá le rechazó.

TEODORE.

¡Bravo! Bravo, buen guerrero,
 bravo, monarca y señor;
 de aguerrido caballero
 veo en tu alma el valor.
 Junta leales soldados,
 resuene la voz de guerra,
 y de la victoria orlados
 tiemble la cobarde tierra.

ALFONSO.

Sí, sí, siempre guerra! Guerra!

TEODORE.

¡Guerra á los contrarios hados!

ALFONSO.

Reúnanse mis banderas;
 junta legion aguerrida.

TEODORE.

Alfonso, hasta cuando quieras;
 Tu órden será cumplida. (*Saluda y váse.*)

ESCENA TERCERA.

ALFONSO y BERTA, que sale en el mayor desórden.

BERTA.

¡Alfonso!.....
 ¿Conque te vas á la guerra?

Y me abandonas. . . . Ingrato!

Tal vez allí en brazos de otra. . .

ALFONSO.

Con el amor que aquí cabe, (*Señala al corazón.*)

yo te adoro, Berta mía;

solo mi pecho lo sabe. . . .

y el mundo lo sabrá un día.

En Cangas por eso quiero

que ahora quedes, y despues,

lleno de laurel guerrero,

vendré con él á tus piés.

¿Qué más gloria ha de anhelar

la dama que tanto brilla,

que ver á sus piés postrar

los pendones de Castilla?

En la batalla, tu amante,

enfurecido lidiando,

arrancará del turbante

el verde florón brotando.

Y cuando refleje el sol

en sus brillantes corazas,

verás del rey español

las ensangrentadas mazas.

Y cuando á España volver

logre su gloria eclipsada,

entónces podré tender

la mano á mi Berta amada.

Más ántes quiero luchar

y ganar sobrado honor;

amar sin saber triunfar,

es lidiar, y sin valor.

Si á la dorada diadema

otra adorna de laurel,

esa será sarracena,

ganada al bárbaro infiel.

BERTA.

Y si logras encontrar

la muerte fiera luchando,

dí, ¿qué cuenta vas á dar

á la que te está esperando?

No vayas, por conquistar

honor, á ser imprudente;

que la prudencia faltar

suele á soldado valiente.

ALFONSO.

No temas, adorada prenda mía;

No te inquiete tan triste pensamiento;

si llegara el momento de agonía,

Berta, pronunciando, iré contento,

á la eterna mansion, donde vería

exhalar á tu boca dulce aliento

de olores perfumados, y que un día

volaras al celeste firmamento.

Más no sucederá, que Dios del cielo
 protegerá mi vida en la batalla;
 entre sangre y horror y fiero duelo,
 de alfanjes romperé terrible valla.
 ¡Qué gloria será entonces, Berta hermosa,
 colocar á tus piés tantos pendones
 de la morisma infiel, que numerosa
 aportillan mis bravos escuadrones!
 O de un buque veré sobre la popa
 del cantábrico mar la verde orilla,
 entre nubes espesas, de la Europa
 las fecundas praderas de Castilla.
 Olvida, Berta mía, de la guerra
 el estrépito triste y zumbador;
 entrégate al placer, que en esta tierra
 te brindan los recuerdos del amor.
 Si un recuerdo siquiera dedicaras
 en medio del placer y libre calma,
 de lejanas regiones escucharas
 la voz del que te adora con el alma.

BERTA. Esta banda te entrego, rey cristiano,
 (*Le entrega una hermosa banda*)

y con ella te doy el corazón;
 acéptala, guerrero; que tu mano
 la coloque de insignia y de blason
 sobre tu pecho.

ALFONSO. Eso solo esperaba; marcharé
 ya contento á la guerra, amada mía,
 y la preciosa banda guardaré
 junto á mi corazón, de noche y día;
 y tu grabada imágen, de mi mente
 nunca se borraré, que es de valiente
 la terrible divisa.

BERTA. Adios Alfonso.

ALFONSO. Dame la mano. (*Se la besa.*)

Quiera Dios no sea
 la postrimera vez que estrecho ufano
 contra mi corazón.

BERTA. Guie tu brazo Dios en el combate;
 no zozobre un momento en la pelea;
 Mi corazón, Alfonso, es tuyo. Adios!
 Adios, Alfonso, por la vez postrera! (*Váse.*)

ESCENA CUARTA.

ALFONSO, TEODOREDO, CAPITANES.

ALFONSO. Capitanes valientes; nuestro honor
 que no permite nubes de mancilla,
 dice hagamos alarde de valor

en los fértiles campos de Castilla.
 Lancemos á los hijos del desierto
 á la quemada playa mauritana,
 y quede el opresor esclavo, ó muerto
 en medio de la gente godo-hispana.
 El pendon de Mahoma á nuestros piés
 vea tanto laurel amustecido,
 y gallarda la Cruz alce despues
 su jóven estandarte más florido.
 La altiva media luna doblgando
 sa soberbia cerviz caiga humillada,
 en su lugar nuestro pendon clavando
 con la cruz, de guerreros rodeada.
 Vuestro consejo espero, capitanes.
 Que cada uno diga su opinion.
 Teodoro, habla tú.

TEODORE.

Con vuestro abuelo,
 el ínclito monarca don Pelayo,
 corrí de la Castilla el fértil suelo
 en el hermoso y bello mes de mayo.
 Llevamos al escape los corceles,
 las plazas y ciudades saqueando;
 vencimos en León á los infieles,
 y la palma y laurel fué de mi bando.
 Terrible dia aquel en que caliente
 la sangre en nuestras venas, toda ardia
 del asturiano rey..... aquel valiente
 que intrépido y osado combatia.
 Un instante me ve; corre á mi lado;
 cercado de guerreros me veia! . .
 y el bravo general, el rey soldado,
 ayudó á que la palma fuese mia.
 Díjome el rey: «En medio de! combate
 »conocí tu valor y gallardía!...
 »Mi corazon entusiasmado late,
 »que desde Covadonga no latia!
 »De cien bravos soldados capitan
 »eres de este momento; que al valiente
 »que primero venciera al musulmán
 »lo prometió mi corazon doliente.
 »Eres tú, Teodoro! Dá tu diestra;
 »me honro de estrecharla con la mia!
 »Al que así la dirige en la palestra,
 »baldon de no abrazarle me daría.»
 Y por eso es mi afan que de Castilla
 tornemos á lidiar en la pradera;
 pongamos al troton la fuerte silla,
 tren ole en esos campos tu bandera.

GONZALO.

Yo tambien de Castilla ví la tierra
 y rompí su frontera espada en mano;

por ella penetré, y en son de guerra
 el estandarte alcé del asturiano.
 He vencido en batalla á Muza-ben
 el soberbio walí de la frontera;
 llegué á Zamora y á Leon tambien,
 y llevé á Rio-cea mi bandera.
 Quisiera de la tierra dó luché
 pisar el suelo por la vez postrera;
 pues si mucha ventaja no saqué,
 el límite estendi de la frontera.

ALFONSO.

Tiemble el mundo
 ante el supremo esfaerzo de la guerra;
 donde estampe sus piés el moro inmundo,
 las simas se le traguen de la tierra.
 Del terrible cristiano siempre huyendo
 oculte su vergüenza en Almagreb,
 y del fuerte combate y rudo estruendo
 conmuévase Damasco y Mequinez.
 ¡A la guerra! ¡A la guerra! Ni un valiente
 quedará que no siga mis peudones,
 cual terrible huracan ó gran torrente
 de fieros y terribles campeones.
 Suene el grito de guerra! Ya los ecos
 de fatídica trompa cerca suenan
 de Asefah el califa de Marruecos!
 El mar de España sus guerreros llenan.

(El pueblo se presenta y es contenido por los guardias.)

Armense mis soldados; ciñan ahora
 el acerado arnés de la batalla;
 con mi soberbia hueste vencedora
 no encontremos barrera ni muralla.
 Impongamos valientes con acero
 al imperio pagano dura ley.

PUEBLO.

¡Viva el guerrero!

CAPITANES.

¡Viva de Asturias el terrible rey!

ALFONSO.

¡A nuestros piés se rindan las murallas
 que el pecho guardan á la gente mora,
 y guiando á la Cruz entre batallas,
 seguidme, compañeros, á Zamora!

(El pueblo abre paso y lo victorea con gran entusiasmo. Al mismo tiempo se oye una marcha guerrera. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

The first part of the document
contains a list of names and
addresses of the members of
the committee. The names are
written in a cursive hand and
are arranged in a column.

The second part of the document
contains a list of names and
addresses of the members of
the committee. The names are
written in a cursive hand and
are arranged in a column.

The third part of the document
contains a list of names and
addresses of the members of
the committee. The names are
written in a cursive hand and
are arranged in a column.

The fourth part of the document
contains a list of names and
addresses of the members of
the committee. The names are
written in a cursive hand and
are arranged in a column.

1800

1801

1802

1803

ACTO SEGUNDO.

Interior de una fortaleza en la plaza de Zamora; al foro una gran puerta de arco por la que se ve una gran esplanada, y en el foro una muralla con bajada á la escena. En la muralla tremola el pendon mahometano. Además de la puerta de arco dos grandes rejas, con el objeto que se vea toda la esplanada y la muralla. Foro de horizonte.

ESCENA PRIMERA.

ALIATAR, ALI.

ALIATAR.

Oh! Qué fértiles vergeles! ...
Oh! Fecundísima tierra, (*Mirando al campo.*)
do llega de los infieles
el grito feroz de guerra.
Tal vez el último día
que la contemple sea hoy.
¡Desgraciada patria mia!
Oh! ... Cuán desgraciado soy!
Sumo Alá, grande profeta,
da fortaleza á mi brazo!
El más leal de tu secta
no caiga en cobarde lazo!...
Más quién osa?... (*Sintiendo entrar á Ali.*)

ALI.

Soy yo, Aliatar. (*Entrando.*)

ALIATAR.

¿Eres tú, mi bravo Alí?
Más qué palidez mortal
tu noble faz muestra? Dí,
¿ocurre acaso algun mal?

ALI.

Viste tu negra armadura;
vístela pronto, Aliatar;
cñete la espada dura
pronto! Disponte á luchar.

ALIATAR.

Concluye ya; no me tengas
en tan terrible ansiedad!
Declárame donde vengas,

dime pronto la verdad.

¿Es que acaso derrotado...

ALI.

Has acertado, Aliatar.

ALIATAR.

Refiérme lo ocurrido

ALI.

Cuando el rey asturiano á la frontera
supe que se acercaba, sonó al viento
mi bélico clarín, y á la bandera
agrupose el ejército al momento.
Con rapidez no vista mis legiones
en medio del rebato á la pelea
ordeno; y en mis bravos escuadrones
de bélico valor arde la tea.

Ejército valiente y numeroso
á mi espalda formado contemplaba
de bravos combatientes, y orgulloso
del Koran los pasajes relataba,
cuando en el horizonte las corazas
del asturiano rey miré brillar;
sus guerreros llevaban fuertes mazas
que con intrepidez saben jugar.

Un cristiano delante caminaba
de mirada terrible y fulminante;
sobre bordada banda trebolaba
una dorada cruz roja y brillante.
Detrás se precipitan sus soldados;
densa nube de polvo allí oscurece
el desgraciado día.... Denodados,
entre unos y otros el combate crece;
verde pendon empuño de Mahoma
y al combate me lanzo decidido,
más al encuentro mio pronto asema
un jóven campeón de rostro erguido:
lánzase sobre mí; coge el pendon
que la fuerza sostiene de mi mano,
me da un hachazo el jóven campeón....
es la victoria toda del cristiano.

Con el golpe del hacha, mi turbante
en dos cachos se abre dividido,
y por muerto me deja el arrogante
rey asturiano caballero altivo.

No hace caso de mí; da brida suelta
al fogoso troton; este lanzaba
un relincho animoso. Da la vuelta....
entre mis escuadrones se mezclaba.
Aturdido del golpe, miro á un lado
y veo la batalla más reñida;
entreganme un caballo, y un soldado
me ayuda á cabalgar; suelto la brida;
Recobro el equilibrio ya perdido
en la primera línea de batalla,

pero llega el cristiano conocido
y rompe de gumias la muralla.
Lánzome yo detrás; grito ¡venganza!
me siguen los ginetes africanos;
todo cede ante mí; pero mi lanza
embótase en un grupo de cristianos.

Corre el rey al combate..... donde quiera
se nota espanto, confusion y voces.....

Se retira vencida mi bandera
despues de hacer esfuerzos mil, atroces!

Solo quedé en el campo! Ni un soldado
á mi lado siquiera combatia.

Rienda doy á mi jaco, y he llegado
á tu grande ciudad al ser de dia.

ALIATAR. Ese rey tan terrible, dónde viene?

Vive Alá, que de verle tengo gana!

¿Por qué su grande hueste se detiene
al ver flotar bandera musulmana
en los altos castillos?

ALI. Aliatar, no te fies; el vendrá
á atacar tu ciudad.

ALIATAR. Más no á tomarla;
que vergüenza y baldon encontrará
do crea encontrar gloria.

ALI. Imposible! Imposible! La victoria
coronará su esfuerzo, y algun dia
no te cogerá duda. Más la gloria,
ni se á tuya ni tampoco mia.

ALIATAR. Yo moriré luchando
en los altos adarbes del castillo;
antes que mi cerviz yo doblé
al rey de los cristianos, un cuchillo
clavaría en mi pecho.

ALI. Hazlo, amigo Aliatar, que aquí está Ali,
que morirá con honra, peleando.
Si la muerte buscar no supo allí,
perecerá en los muros hoy lidiando.
Más vale que en el medio de mi pecho
una lanza se clave, ó que silbando
un dardo le traspase, que no en lecho
esté mi cobardía allí pagando.

ALIATAR. El poderoso Alá
á los valientes premia en su mansion;
si victoria encontrar no supo, allá
descansará por siempre el corazon.
Pero no..... no será; ¡que los baluartes
de mi grande ciudad álzánse ufanos!
Lograrán destruir en todas partes
el gallardo escuadron de los cristianos!
Machos son mis guerreros esforzados!

Intrépidos luchando con valor
 por su patria y su Dios, entusiasmados
 lidiaron victoriosos.
 Más, quién se acerca? (*Entra un soldado.*)

ESCENA SEGUNDA.

Los mismos y un SOLDADO.

SOLDADO.

Señor, vengo de correr
 cual ligero explorador
 cansado, porque anteayer
 llegué hasta Sotomayor.
 Me disfracé de cristiano,
 tomé el yelmo y la visera,
 tiré el traje de pagano
 armándome á la ligera.
 A vista del Asturiano
 llegué cuando este avanzaba;
 del recinto lusitano
 victorioso regresaba.
 Todo era marcial contento,
 todo vivas y alegría....
 aprovechando el momento
 en sus filas me metía.
 Poco á poco á la cabeza
 de la columna llegué,
 y de marcial gentileza
 un mancebo contemplé.
 !Qué gloria de una nacion
 tener un rey tan valiente,
 formidable campeón,
 aguerrido combatiente.
 Negras plumas ostentaba
 en su casco fulminante,
 y estas palabras hablaba
 el capitan arrogante.
 «Ya sabes, buen Teodoredó
 »con la intencion que llegamos
 »á esta tierra, y con denuedo
 »á los moros acrollamos.
 »Ya que en Lusitania veo
 »mi bandera tremolar,
 »Castilla es grande trofeo;
 »pronto hagámosla temblar.
 »Más si lograra mi lanza
 »subyugar á la Castilla,
 »al cordobés en balanza
 »pondrá mi cruz amarilla.
 »Y si el pendon mauritano

»de Zamora yo humillara,
 »á mis piés el africano
 »moro clemencia implorara.
 »Hasta que en cinco torreones
 »vea mi bandera amarilla,
 »no saldrán mis escuadrones
 »de los campos de Castilla,
 »pues esas cinco murallas
 »presentan altas y ufanas
 »á mi paso fuertes mallas
 »con banderas musulmánas.
 »¡á Zamora, caballeros!»
 dijo picando el troton:
 detras sigue el escuadron
 de numerosos guerreros.
 Yo, mientras, de tanta gente
 iba saliendo á la orilla;
 pico al caballo valiente
 y me aseguro en la silla.
 Hiende mi troton el viento
 por la apacible llanura;
 pero el trote de otro sienta
 que me sigue con bravura:
 Vuelvo la cara; un guerrero
 tras de mí se precipita;
 su mano empuña un acero;
 «ríndete ó muere:» me grita:
 era el rey que tenazmente
 «ríndete» otra vez gritó;
 y en el viento suavemente
 su lanza real silbó.
 Por mi coraza acerada
 el fuerte lanzon entró,
 y aunque estaba bien labrada,
 hasta la carne llegó.
 Rienda vuelve el asturiano,
 yo me alejo en mi corcel;
 el ejército cristiano
 sigue, y Alfonso con él.

ALIATAR.

Qué venga! Aquí le esperamos!

SOLDADO.

Que venga ese perro infiel!

(*Entrando*) Un caballero cristiano
 pide licencia, señor.

ALIATAR.

Dile que pase, africano. (*Sale y entra Gonzalo.*)

ESCENA TERCERA.

Los mismos y GONZALO.

GONZALO.

(*Saludando.*) Aliatar, Dios te guarde.

ALIATAR.

A proponerme que me cedas mi ciudad? Primero tendrá Alfonso que vencerme, y vencerme con la ley y la verdad!

GONZALO.

Te vencerá con ley! Nunca traidor se mostró en la batalla el asturiano. El noble jóven que mostró el valor en cien combates contra el africano, rendirá tu ciudad; caerán sus muros al amago feroz de su cuchilla; los baluartes más altos y seguros doblarán ante Alfonso la rodilla. Soy Gonzalo! Lo sabes, sarraceno? Caudillo de legiones mil guerreras, el glorioso pendon del Nazareno alzaré, pateando tus banderas.

ALIATAR.

Infame, sella el labio impuro!

GONZALO.

Aliatar, me conoces? Vé mi frente (*Se alza la visera.*) la que ocultó hasta ahora mi visera.

ALIATAR.

¡Gonzalo! (*Retrocediendo.*)

GONZALO,

¿Te acuerdas aquel día que en León te atacué con mis huestes asturianas, y despues de vencerte, un escuadron lancé en persecución de las paganas? Del guerrero escuadron marchaba al frente un jóven capitán, el más querido de mí por su valor. Era valiente, temerario, arrojado y decidido. Bereno regresaba al campamento al escape tendido el escuadron, cuando la voz de ¡Alá! sonó en el viento de lúgubre trompeta al ronco sonar. Con tu cobarde hueste derrotada atacas á mi gente en la ribera! trata de abrirse paso; más la espada en la cota de mallá salta entera! El jóven de salvar á mi pendon trata, y se lanza á tu caballería; logra desordenar un escuadron, pero á sus piés un precipicio habia! Se arroja á la corriente. . . . ¡desdichado! por salvar la bandera del traidor; casi á la opuesta orilla llega á nado, y muere el desgraciado con valor! A mi tienda un soldado llega; apenas del cansado caballo se apeó, se mueven las legiones nazarenas, y al escape delante marchó yo. Cuando llegué, ¡oh dolor! . . . ¡Qué ven mis ojos? El inerte cadáver aun flotando!

Colores en su faz, se ostentan rojos
 su espada y su pendon fiero empuñando!
 Me lanzo á la corciente; loco llego
 donde flotar há poco el jóven ví;
 suelta el pendon, que yo recojo luego,
 y espirando me dice: «¡Solo á tí!»
 Cojo en mi brazo al noble abanderado,
 me lanzo á la llanura con el frío
 cadáver del heróico soldado,
 y juró de vengrle el brazo mio.
 Cadáveres pisado, hasta aquel dia
 nunca jamás lloré! Yo contemplaba
 los montones de muertos, que veía
 sangrientos palpitar; y no lloraba!!
 Aquella vez mis ojos se nublaron;
 ocasion de vengarme pedí al cielo;
 terribles pensamientos me asaltaron,
 y la venganza furibunda anhele!
 Ahora que mi rey en son de guerra
 e recunda con sus huestes tu muralla
 y altivo y vencedor pisa tu tierra,
 te desafío á singular batalla.
 Tal vez mañana al rayar el dia
 dé Alfonso del ataque la señal;
 y despues de vengarme marcharía
 á morir peleando cual leal
 Recibe el guantelete que de acero (*Arrojándosele.*)
 á tu cobarde faz lanzo insultante;
 recójale en el aire si es guerrero
 el walí Zamorano..... el arrogante!

ALIATAR.

Yo le recojo, y pienso rescatar
 el honor que un cristiano me há quitado.
 Disponte á pelea.

GONZALO.

¿En qué lado?

ALIATAR.

Fuera de la muralla de tu rey
 vea nuestro valor y bizarría.
 Si yo luchando (*Dirigiéndose á Ali.*)
 llegara á perecer, tú general
 quedarás de mis tropas si observando
 siguieres el camino de leal.
 Guarda los muros, muere peleando
 en el caso fatal que te prevengo;
 que por la patria perecer lidiando
 es el único bien, si es combatido.

ESCENA CUARTA.

ALI, ZAYDEBEN Y MO OS.

ALI. Hijos de Agar, sabeis que derrotado
á Zamora llegué yo fugitivo
huyendo del cristiano. . . . ¡Desgraciado!
En sus garras dejé mi honor cautivo:
Walí de la frontera nazarena
el que mirais aquí era algun dia,
caudillo de la gente sarracena
que al vencido cristiano combatía.
A la ciudad llegué del zamorano;
recibióme en sus brazos Aliatar;
los alfanges unimos, y al cristiano
juramos mutuamente exterminar.
Un tal Gonzalo le retó á combate,
y Aliatar aceptó.

TODOS. Bravo!!!

ALI. Y me dijo al salir:

«Gobernador te dejo de mi plaza;
que el sublime Mahoma vea morir
»al más leal soldado de su raza,
»si encuentro en el combate honrosa muerte,
»aunque fío en Alá que será mi
»la gloriosa victoria: más la suerte
»entonces; más contraria me sería.
»Defiende los gigantes torreones
»y muere combatiendo en esa altura;
»de las altas almenas, escuadrones
»nazarenos aplaste tu bravura.»

ZAYDE. Si. . . . Si. . . . Muramos defendiendo
la ciudad que el califa confió
al valiente Aliatar, que combatiendo
en los siglos su nombre eternizó.
juro, sobre esta corva cimitarra,
exhalar el suspiro postrimero.
Cuando tienda el leon su fiera garra,
arriba mirarán muerto un guerrero.
Si, lo juro, lo juro! Que las gentes
que tomaren mi ejemplo subirán
á la dulce mansion de los creyentes,
y solo paz y gloria allí tendrán.
Que vengan las fatigas! Los cristianos
el valor de un soldado probarán,
y los nobles hidalgos asturianos
tan noble sacrificio admirarán.
¿Qué vale sin honor la odiosa vida?
Solo el cobarde arrastrará cadena
de esclavo! . . . Llevaré la frente erguida,

O muerto quedaré sobre la arena.
 Diera mil vidas que abrigara el pecho
 por la tierra do ví la luz primera,
 y quiero en este fuerte, en este trecho,
 de los héroes subir á la alta esfera.
 Mi pecho, con mi vida, fortaleza
 será que escude ufano los pendones
 que condujo Tarif á la cabeza
 de sus soberbias huestes y legiones.
 Allí, tu voluntad disponga
 de mi vida y mi espada.

ALI.

Héroe digno!

Tu nobleza premiada al fin será;
 cúmplase de Zamora el triste signo,
 que tal vez á su fin hoy tocará!
 Juramento prestemos de luchar
 como debe luchar un sarraceno:
 yo como general y militar
 juro, como creyente y agareno.

TODOS.

A jurar. (*Cruzan las espadas y juran.*)

ZAIDE.

Al pié de los altivos torreones
 alzan su campamento majestuoso;
 descuidados están sus escuadrones,
 sus huestes entregadas al reposo.
 Muchos de los guerreros godo-hispanos
 las ondas cruzan en sus chicas naves,
 no miran á los moros zamoranos,
 que desde el muro acechan cual las aves.
 Es propicia ocasion para caer
 cual tremendo huracan que descuidado
 coge al verde clavel que vió nacer
 entre aroma oloroso y perfumado!
 Empuñemos la lanza y la redela!
 ligeros cabalgando en los corceles,
 cual escuadrón de pájaros que vuela,
 llevemos el pavor á los infieles!
 Cargados de botin y de victoria,
 ciñan laurel guerrero nuestras frentes,
 que sirva de escarmiento y de memoria
 á los que presumieren de valientes.
 ¿Más qué ruido? Acaso los cristianos

(*Van á salir al tiempo que entran dos soldados que conducen herido á Aliatar.*)

ESCENA QUINTA.

DICHOS, ALIATAR, SOLDADOS.

ALI.

Oh! desgracia fatal!
 Aliatar entre dos herido viene!

Cubre su rostro palidez mortal,
 que el enojo de Alá nadie detiene.
 Hados contrarios, vuestro esfuerzo tenga
 el destino fatal que aquí os envía!
 El alfange terrible Alá no intenga
 contra el infiel cristiano.

SOLDADO.

Señor, como soldado
 cumplí con mi deber; seguí á Aliatar
 porque no hubie a la traición andado,
 que á los valientes suele amenazar.
 Aliatar advirtió que yo, detrás
 del muro le seguia agazapado:
 con ronca voz me dijo: «dón le vas?»
 A cumplir la consigna del soldado.
 El me dijo: «La tienes en la almeida:
 soldado, corre allá, que obligacion
 es de toda la gente sarracena
 agruparse á los piés de su pendon.»
 Dijo: y picando á su cárcel, volvió
 la espalda hácia mi lado el zamorano,
 y al escape tendido se lanzó
 afuera del recinto espada en mano.
 Yo le seguí corriendo: una llanura
 á mis piés se extendia: mil guerreros
 la ocupaban mostrando su brayura,
 y el mismo rey con cuatro caballeros
 una caña jugaba. Ya encendido
 El juego estaba entre los cristianos,
 cuando en el viento suena un resoplido.
 Al arma! Al arma! Vienen zamoranos.
 Aliatar asomaba su turbante,
 alarma á los soldados nazarenos;
 pero ven á Gonzalo, que arrogante
 al escape llegaba. Ya serenos,
 suenan sus trompetas bélicas guerreras
 y de Alfonso suena el atabál.
 Su ronca voz gritaba. Mi banderas
 campo den á Gonzalo y á un infiel!
 Reina calma y silencio, y un guerrero
 de los duelos las leyes refirió:
 el que hiciere traicion, de caballero
 los honores y vida él perdió.
 Ponen la lanza en ristre; los escudos
 ante sus pechos plantan con anhelo;
 acométense fieros y sañudos,
 se rompen las corazas, tiembla el suelo.
 La segunda embestida, ya caliente
 en sus venas la sangre toda ardia.
 Saltan las lanzas! la cristiana gente
 con explosion horrible lo aplaudia.

Ponen mano á la espada; los corceles
 lanzan ardiente espuma por su boca,
 y el caudillo feroz de los infieles
 la trompeta de paz de pronto toca.
 Cesa el combate: . . . Ya los dos guerrejos
 respiran dulce ambiente! Ponen mano
 á la espada los nobles caballeros,
 y Gonzalo acomete al zamorano.
 Más y más se encarniza la pelea;
 Saltan de sus caballos casi muertos
 á la voz tenebrosa de *¡así sea!*
 Lidiau de sus escudos ya cubiertos;
 chispas echan las armas; el turbante
 de Aliatar viene al suelo traspasado,
 el moro cae herido, y al instante
 me planto de dos saltos á su lado.
 Cargo con el herido; los soldados
 me abren el paso respetuosamente,
 salúdanme los grupos apiñados,
 que siempre á la desgracia ama el valiente
 Me alejo en direccion á estos baluartes,
 oigo tambores que detrás sonaban;
 al compás de sus viejos estandartes
 las tropas ante Alfonso desfilaban.
 Grita el rey: *¡Al asalto, caballeros!*
 Cabalgando saluda á sus pendones,
 le siguen al escape cien guerreros
 y ordenados detrás sus escuadrones;
 yo me dirigí aquí. Antes de una hora
 principiará el asalto.

ALI.

A los torreones!

TODOS.

A vencer ó morir!

ZAIDE.

Bien, sarracenos! (*Vánse dando gritos de guerra.*)

ESCENA SEXTA

ALIATAR, *delirando.*

Huid, fantásmas; más no provoquéis
 con vuestros ademanes imperiosos
 mi numerosa fuerza, que ya veis
 vencer á mil gigantes poderosos.
 ¿Qué vale, desdichados, que cruzando
 os ocultéis en los lejanos mares?
 Si yo juré seguir el mar hollando
 y avasallar gigantes á millares! . . .
 Del Asia llegué aquí; ví la región
 ibérica; pasé por los nublados
 persiguiendo en el aire un escuadron.

de fantásmas, guerreros esforzados!
 Los alcancé en el aire; exterminé
 la legion de fantástica canalla;
 con vuestro jefe bravo yo lidé
 y le venció mi espada en la batalla:
 también estuve en Fez; pillé á un cristiano
 y á una torre cautivo le llevé,
 y á la vista del jóven asturiano
 a cuatro nazarenas deshoné.
 A Zamora!... A Zamora!... Oh! Qué nombre
 es este que en mi mente anda sonando?
 Yo le recuerdo, más sin que me asombre.
 O soy loco, ó deliro!... Estoy soñando?
 Ni sueño ni deliro... es realidad.
 que con mis ojos claros ahora veo
 cárcel si no me engaño! No es verdad,
 ó Alfonso me llevó como trofeo?...
 Cárcel es!... No me engaño, que allí alzarse
 los altos muros veo de un castillo!
 Prisionero seré... más sin cruzarse
 con ningun enemigo mi cachillo?
 Tal vez seré cautivo! más cadeas
 no veo yo crugar, que es la señal,
 ni veo padecer á nadie penas!
 Pronto! Dime lo que es, genio del mal!
 O yo me vuelvo loco, pierdo el tino....
 ó tal vez encantado... Pero no!...
 tendré que hacer tal vez un desatino?
 A arrojarne del muro marchó yo.

(trata de levantarse y no puede.)

Trato de levantarme. Aquí postrado
 me encuentro en esta cárcel ó mansion
 de un maléfico genio, que encantado
 me tiene en esta lúgubre prision.
 Acaso yo durmiendo?..... Imposible!
 Esto no puede ser: una memoria
 en mi mente conserve, ya inservible,
 fuerza agotada casi ya, ilusoria!
 Oh, Castilla, Castilla! Yo algun dia
 por Castilla pasé; ví la llanura!
 Era jóven, por eso combatía....
 y mostraba en Zamora mi brabura!
 A la orilla del rio tal ciudad
 se alzaba y se alzará tal vez aun hoy!
 En sus muros mostré mi lealtad....
 Qué es esto? Gran Alá, si herido estoy! *(Viendo la herida.)*
 Herido en la batalla! Deliraba!
 Me ereia encantado! Yo mentia!
 Era un sueño tan solo que pensaba
 que en prision del de Asturias me veia!

Solo me encuentro aquí! La fiera muerte
 me amenaza terrible y destructora.
 Desgraciado walí! .. Oh fiera suerte
 de mil y mil desgracias precursora!
 Si á Zamora lograra libertar
 contento moriria combatiendo
 al pié de sus murallas Aliatar,
 de lealtad la prueba repitiendo.
 Mi triste corazon tanto late . . .
 No logro comprender do está el estruendo
 que yo dejé cuando marché al combate!
 Todo misterios son! O no comprendo
 Do está mi bravo Ali? Do Zaydeben?
 Do tantos capitanes y soldados?
 Todos me abandonaron! Bravo bien!
 Todos traidores són! Malditos hados!
 Tal vez una salida y al cristiano
 lograran arrojar de sus trincheras,
 y el vencedor soberbio, el asturiano,
 mirara derrotadas sus banderas.

(Se siente el lejano ruido de trompetas y tambores.)

Qué es esto, sumo Alá? Los tambores
 un estruendo terrible al viento dan?
 Melancólicos sonos! Vencedores
 guerreros mi muralla asaltarán. *(Llega un soldado.)*

ESCENA SETIMA.

ALIATAR, SOLDADO.

ALIATAR. Dime, soldado. cómo va el combate?

SOLDADO. Aquí me mandó Ali porque relate
 que cual noble agareno, morirá
 defendiendo tu insignia en el combate;
 muerto antes que rendido caerá.
 Un ejemplo la historia nos presenta
 de valor, de heroismo y de constancia,
 que el patriótico amor puro se ostenta
 de una heroica ciudad; esta es Numancia.

ALIATAR. Y cómo fué el combate?

SOLDADO. Alfonso sus soldados
 al combate lanzó, y el adalid
 al viento sus pendones desplegando
 guia sus escuadrones á la lid.
 Una nube de flechas cuaja el viento;
 el eco repitiendo, los nublados
 rechazan entre gritos de escarmiento
 los leones de Alfonso destacados.
 Oh falsa acometida! La legion,
 que huia en confusion desordenada,

oculta la intencion de un escuadron
que al asalto en el muro penetraba.
Allí marchaba Alfonso, el verdadero
campeon de la Cruz; su fulminante
espada introducía en el guerrero
sarraceno la muerte, que arrogante
el asalto resiste en el recinto
en la primera línea combatiendo.

Más llega el rey cristiano, pega un brinco
y logra penetrar camino abriendo,
hollandó los cadáveres humanos,
los restos que palpitan mutilados.

extermina su espada á los paganos,
ante ella se retirán tus soldados.

Crece el combate, y el clarín sonando
al aire melancólico son daba ...

unos con otros su valor mostrando,
do quier el heroísmo se ostentaba!

Más señor, el ruido ya se siente
cercano de nosotros! Moriré

defendiendo tu cuerpo; de valiente
el título inmortal recogeré.

El momento supremo ya llegó,
que de Alfonso la voz alegre siento.

(Oh señor!) Oh desgraciado Alí!... Más, qué hago yo?

El morir ó vencer suena en el viento! (Saca la espada.)

ALÍATAR. Oh, día infausto que al valor desloca!

En este momento asaltan la muralla los cristianos, despues de un breve combate habido con los moros. Ya en la escena se traba una batalla en la que son vencidos los moros; despues de rendidos Alfonso tremola el estandarte de la Cruz.

ESCENA ULTIMA.

SALEN TODOS.

ALFONSO.

¡¡ Viva Asturias!!

TODOS.

Caiga Zamora!!!

Caee el telon entre los estrepitosos vivas y una marcha guerrera.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el acto anterior. — En la muralla tremola el estandarte cristiano.

ESCENA PRIMERA.

ALFONSO, GONZALO Y SOLDADOS CRISTIANOS.

ALFONSO.

Bravos astures, ya que á la bandera
seguísteis con valor en la batalla;
no encontremos castillo ni barrera
que sea á nuestro paso fuerte malla.
Zamora está rendida!... Ya su luna
deslumbrada del brillo de la Cruz
cayó al suelo eclipsada!... su fortuna
agotóse lanzando negra luz.
Ya vísteis en el reino lusitano
ornado de victoria mi estandarte!...
prisionero Aliatar el Zamorano,
el triunfo será mio en cualquier parte.
Quién detendrá mis ínclitos guerreros,
mis bravos combatientes en el mundo?
Por cierto, no serán los hijos fieros
del Africa y Magreb: ¡valor fecundo!
Seguid como hasta ahora decididos
mi estandarte real en cruda guerra,
y solo mirareis do quier cautivos,
tendidas ya sus frentes en la tierra! ...
Ganamos si morimos con valor
laurel inmarcesible, eterna gloria!...
y dejaremos páginas de honor
con nuestra sangre escritas en la historia.
Las crónicas borradas por los tiempos
verán á nuestros hechos permanentes,
admirarán rarísimos ejemplos;
suspirando dirán: «Héroes valientes

alzad vuestras cabezas , y mirad
la raza de los hombres degradada!.. ..
Los efimeros restos contemplad,
zozobrantes columnas de la nada!

Admirarán al héroe que lidiando
sucumbió en la pelea , do veia
la muerte y confusion.... y peleando
entre sangrientas lanzas se metia.
Ese es el buen soldado!..... ese solo
es para las fatigas el primero ;
que cruzando la mar de polo á polo
fama conquistará su ardor guerrero.

GONZALO. Con tus banderas marchan los valientes
que ponderando está tu ardiente voz ;
criados entre peñas y vertientes ,
con gran habilidad juegan la hoz.
Esos los héroes son que seguirán
la enseña de la Cruz en todos lados ;
que rendidos ó muertos caerán !.....
pero dejando fama de soldados!.....

ALFONSO. Tenemos á Leon , ciudad florida
que en sus terribles muros valor cierra ;
corramos pronto allá ! ... caiga rendida
á nuestros piés en furibunda guerra! ...

GONZALO. Valiente es el Wali que la defiende ,
numerosos demás son sus soldados !.....
Es génio de la guerra , que comprende
si son los enemigos arrojados.
Se llama Abdelmelek , buen caballero
que mostró su nobleza cierta vez
á un soldado cristiano , prisionero
en una gran batalla junto á Fez.
Era yo ese cristiano , que rendido
y cubierto de heridas , vine al suelo
de doce musulmanes combatido.
Uno llegó y me cogé con anhelo.
Cuando exánime casi me miró ,
me carga de cadenas !..... ¡ oh cruel !
« *Me vengaré de tí !* » contesté yo ,
y cautivo me lleva el perro infiel.
En una altiva torre , que gigante
entre nubes descuella , me dejaba ! ...
tres veces iba al dia , y arrogante
en medio de mi pena me insultaba ! (*Resignándose.*)
Diez agarenos á mi gran prision ,
fueron con Aliatar una mañana ;
se mofaron de mí con gran baldon
que imprimen á la raza musulmana!... ..
Me cercan entre todos ; las cadenas (*Furioso.*)
que sobre mi cargaban , me quitaron ;

llamaron cuatro esclavas nazarenas,
 y los moros de tedas se burlaron!!!....
 Una de ellas los ojos hácia mí
 implorando socorro ví volver.....
 me lanzo sobre un tal llamado Ali
 y le dije .. «Traidor, á perecer...»
 Arráncole el alfange; por el pecho
 se le meto tres veces; vuelvo airoso
 sobre los otros nueve, y en el trecho
 alzo al aire mi alfange victorioso!....
 Cinco tendí en el suelo! Las esclavas (*Entusiasmado.*)
 meten mano á las dagas de los muertos;
 Atacan con valor entusiasmadas,
 y dejan otros cuatro casi yertos!.....
 Aliatar se escapó; sale á la calle
 dando furiosos gritos de venganza!.....
 Las esclavas y yo fuimos al valle;
 el moro con su gente en pos se lanza.
 Huyendo de Aliatar, á una alquería
 llegué con las esclavas desde Fez.
 Nos recogió un guerrero, que tenía
 por nombre militar, Abdelmelek:
 Junta treinta soldados el pagano;
 se ciñen el turbante y la visera,
 dijo con ronca voz..... «Ea, cristiano,
 si libre quieres ser, sigue do quiera!...»
 Yo aturdi lo; cabalgo sin saber;
 cojo una cimitarra, voy detrás,
 y cuando casi iba á oscurecer
 siento de los alfanges el *chis*..... *chas*!.....
 Reparo en los treinta que defienden
 el camino á setenta caballeros
 del cobarde Aliatar, que no comprenden
 el heróico valor de mis guerreros.
 Me mezclo en la pelea; llamo á veces
 al cobarde señor que deshonoraba
 á débiles cautivas, entre atroces
 insultos que en su faz noble estampaba!.....
 Al verme acuchillar á sus soldados
 huye el cobarde moro en la llazura;
 lánzome yo detrás; son arrollados
 los pocos que resisten tal bravura.
 Volvimos al escape á una alquería;
 vimos á Abdelmelek que consolaba
 á las cuatro cristianas!..... ¡Oh alegría!.....
 pues un moro español en él miraba.
 Acompáñame á mí el musulmán
 llevando á sus valientes militares,
 y á mí y á las esclavas, guardia dan
 hasta la orilla de los rojos mares. (*Enternecido.*)

Me regaló mil doblas; yo le dije. ...
 « Dios premie tu bondad, buen sarraceno: »
 en medio de mi gozo le bendije
 y le he dicho. ... « Algun día el nazareno
 te pagará la deuda, y á Aliotar
 también le pagará la villanía
 que conmigo trató de ejecutar ».
 Ayer se la pagó la espada mía!!!

ALFONSO. Solo con gratitud puede pagarse
 constancia tan leal. ¿ Mas quién se acerca ?

ESCENA SEGUNDA.

ALFONSO, GONZALO, TEODOREDO Y UN SOLDADO.

Cuatro soldados conducen en una camilla formada de lanzas y banderas
 el cadáver de Ali.

TEODORE. El foso recorriendo, me encontré
 el cadáver del moro que luchaba
 en el primer baluarte, do yo entré
 cuando el muro tu Alteza trasmontaba.
 Admiré su valor, y el de un tal Zaide
 que defendía intrépido á su lado
 el baluarte primero, do el Alcaide
 Su heroísmo mostraba. ¡ Desgraciado!
 Él con Zaide cayó, muerto el segundo;
 con diez y ocho heridas, el primero
 su patriótico ardor mostró fecundo
 cuerpo á cuerpo lidiando bravo y fiero.
 Lágrimas derramé, y como amante
 que soy de los valientes, coloqué
 su cadáver aquí; mas su turbante
 famoso por las perlas, no encontré.
 Sobre estas tristes lanzas y banderas
 que defendió el valiente con ardor,
 su cuerpo coloqué: vean altaneras
 las páginas moriscas su valor.
 ¿ Veis estas medias lunas, saludando
 á nuestra santa y venerada Cruz?
 A esta misma eclipsaron, deslumbrando
 con sus fulgores y radiante luz.
 Alfonso, ya á tus piés ves á Zamora
 rendida por tus armas, humillada!.....
 al aire tu bandera vencedora
 en los más altos muros sea clayada.

ALFONSO. Mil ciudades existen en España
 que del moro baluartes grandes son,
 tales como la antigua de Saldaña,
 el castillo y la plaza de Leon.

La antigua Salamanca del romano
 ciudadela terrible, rendirá
 sus izadas banderas al cristiano;
 Rebendeca el pendón entregará.
 Carbonaria y Albeida caerán;
 tras estas seguirá toda Castilla;
 Velagia y Alabens, implorarán
 piedad, doblada en tierra la rodilla.
 No, mis soldados; no descansaré
 hasta ver mi bandera levantada
 sobre la espesa bruma. O moriré,
 ó la africana luna será esclava
 de la triunfante Cruz, que de entre escombros
 salió radiante en juventud lozana;
 del gran Pelayo en los gigantes hombros
 sostúvose brillante cuan ufana!

TEODORE.

Guerra á la morisma! Guerra!

TODOS.

Guerra á la gente pagana!

GONZALO.

Oh Alfonso! Yo deploro que mi espada
 tengo que dirigir contra el leal
 gobernador leonés! Alguna hada
 la dirige hácia allí! Genio del mal!
 Si la patria lo manda alzad pendones,
 tornemos de Leon á la frontera
 do se encuentran los fieles corazones
 leales en la lucha á su bandera.

No ejecutaré accion villana
 el que ofreció premiar su valimiento.

Atacar á la plaza musulmana
 seria ingratitud! Cruel momento!

Que la patria reclama á sus soldados,
 y que la gratitud cual la amistad
 se ponen ante mí... Seres amados
 la patria y gratitud son, á cuál más.

ALFONSO.

Oye, Gonzalo: la ocasion propicia
 ahora encontrarás, cual no otra vez;
 haciendo á la nobleza su justicia,
 librando de morir á Abdelmelek.

Le dirás que se rinda: solo así
 su vida salvará: si no, lidiando
 la muerte encontrará. Me duele á mí
 que tu amigo perezca.

GONZALO.

No cabe en alma noble cobardía
 que cubriera de mengua y de baldon
 al hombre más cobarde.

ALFONSO.

Siento de corazon
 no poder complacerte. Es imposible
 desistir de mi intento.

Teodoro, demos sepultura
 al terrible adalid que representa

la triste muerte aquí, pues su valor es digno de premiar. Su faz sangrienta muestra el valor guerrero, que luchando con denuedo sin par, siempre brioso, anima á sus soldados, que lidiando detienen al cristiano victorioso.

Este el guerrero fué do el patriotismo ostentó su pureza virginal, que miraba á sus piés el hondo abismo y dentro se lanzó. . . . moro leal!

(Se inclina sobre el cadáver de Ali y retrocede horrorizado.)

¿Qué es eso Dios del cielo? Miro aquí de un wali castellano. . . . ¡Desgraciado!

El bravo entre los bravos es Ali, el noble musulman, el esforzado!

Episodios gloriosos de la guerra! . . .

Del leal sarraceno quiero ornar la frente de laurel! Mire la tierra

cómo Alfonso á los bravos sabe amar.

Al suelo! . . . De rodillas, caballeros!

Oremos por Ali!

(Caen de rodillas y aparece un soldado.)

SOLDADO. Ahera un capitan llegó de Cangas.

Vuestra licencia espera.

(Da su asentimiento el rey, y el soldado introduce á Fernando por el fondo, retirándose.)

ESCENA TERCERA.

ALFONSO, FERNANDO.

FERNANDO. Tomad, señor. *(Dándole un pergamino.)*

ALFONSO. Yo te acato, venerado sello. *(Besándole.)*

Leed, Fernando. *Volviendole el pergamino.*

FERNANDO. *(Leyendo.)* «En el nombre de Dios el Poderoso

el Ungido Señor de cielo y tierra,

hijo mio, te encuentres en reposo,

descansando fatigas de la guerra.

Ya sé que de Zamora los baluartes

cayeron á tus piés acuchillados,

y la cristiana espada en todas partes

la fama realzó de tus soldados.

Loca estoy de contento y alegría;

por mi mejilla ruedan á torrentes

las lágrimas; se inunda el alma mia

al mirarte en la esfera de valientes!

Al recibir la nueva que triunfante

á la orilla del Duero paseabas

banderas y pendones, y arrogante

tus huestes en la márgen revistabas,

el orgullo de madre ardió en mi pecho;
 latió mi corazón con violencia;
 afuera me lancé del blando lecho,
 adonde me tenía una dolencia!
 Los heraldos gritaron: «Ya rendida
 vió la luz pagana su cerviz,
 que demostrara un día tan erguida
 en horrorosa pugna y fiera lid.»
 La multitud su voz levanta al viento:
Viva Alfonso! Resuena por do quier:
Mueran los sarracenos! Escarmiento
 íes den nuestros soldados! A vencer!
 Estoy juntando tropas. Gran legion
 marchará á tu socorro; cuanto antes
 do tú estás llegará fuerte escuadron
 de jóvenes astures arrogantes.
 Quiera Dios hijo que triunfante
 regreses á tu patria victoriosa!
 coronas de laurel vengan pisando
 por alfombra tus piés.» *Madre amorosa.*

ALFONSO

Veis á mi madre, nobles capitanes,
 que á temeraria lucha ya me brinda,
 á atacar á los fuertes musulmanes,
 la madre de mi alma, Hormesinda.
 Su noble pecho ardiendo en pura llama
 anima á la pelea, refiriendo
 el valor y entusiasmo que la inflama
 en medio de la lucha y del estruendo.
 Nobles guerreros; como gran botín
 Leon nos brinda. Sus! A conquistarle!
 y en los vientos el bélico clarín
 resuene gigantesco hasta humillarle.
 En mil fuertes ondea mi bandera,
 y también en Leon ondeará!
 La media luna al suelo donde quiera
 entre ruinas y escombros caerá!

(En medio del entusiasmo salen de la escena al compás de una marcha guerrera. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon oriental en el alcázar de Leon, que da á los jardines. Gran puerta al fondo que da al jardin. Puerta á la derecha del actor, que es la de entrada. Un mirador á la izquierda con vista al campo. Alfombras, cogenes, pebeteros, y adornos lujosos de la época.

ESCENA PRIMERA.

OMAR Y ZAIDA recostada en un divan.

OMAR.

Bella Zaida, ya sabes que el cristiano se acerca á la ciudad donde tremola el pendon de Mahoma. El africano se apresta á escarmentar á la española hueste, que los arroyos a crecienta en sangre tintos de la gente mora, y con sangre de moros ensangrienta las altivas murallas de Zamora. Y mi esforzado padre Abdelmelek se apresta á defenderla con teson, y el temerario Alfonso ya otra vez verá sus huestes rotas por Leon. Los guerreros, hambrientos de matanza, la señal de la lid todos esperan: el temple probarán de nuestra lanza antes que en esos muros flotar vieran la enseña de la Cruz, que circundada de soldados cristianos adelanta á Leon, la ciudad que gobernada por tan bravo adalid victoria canta, ó todos moriremos.

ZAIDA.

Dueño adorado,
yo te apruebo tan buena decision;
si mueres peleando cual soldado,
Un héroe contará tambien Leon,
Sobre tu negro féretro pondré

un letrero que diga: «Yace aquí
Omar el musulman pue yo adoré
cuando el jóven Omar me amaba á mí.
Y guardando tu cuerpo desgraciado
pondré de mármol negro panteon,
y Zaida llorará cuando anegado
se vea Je tristeza el corazon.
Y yo diré orgullosa y arrogante:
«Aquí está Omar, el héroe de Leon,
el más tierno y leal, el tierno amante,
que á la sombra murió de su pendon.»

OMAR. No adclantes, amada prenda mia,
la fatídica muerte que descuella
entre mares de sangre, y algun dia
llegará que metiéndome entre ella,
no haga caso de mí.

ZAIDA. Alá lo quiera.

OMAR. Si de laurel ceñido á esta mansion
pudiera regresar, contra tu frente
daré rienda á mi ansioso corazon,
respirando de amor suave ambiente.

ZAIDA. Recibe el pendoncillo dibujado (*Dándosele.*)
do el alto labrador puro se ostenta;
entre seda y damasco está bordado;
dos corazones juntos representa.
Colócale en tu lanza y Alá quiera
concederte la gloria que deseo;
sírvate en los combates de bandera
y conquista loor.

OMAR. El mirará mi lanza destructora
entre tantos prodigios de valor.

ZAIDA. Plegue á Alá sea así.

OMAR. Zaida, escucha otra vez. Si yo lidiando
entre cristianas huestes muerte honrosa
encontrara tal vez, cuando exhalando
mi postrimer suspiro, llame esposa
á la que tanto amé....

ZAIDA. Llámame esposa, sí, llámame esposa!
Solo de tí seré.

OMAR. Dame tu mano:
que por última vez logre estrecharla
contra mi amante pecho. (*Váse Zaida.*)

ESCENA SEGUNDA.

OMAR solo.

Oh!... Zaida de mis ojos, amor mio!
La mora más leal que yo admiré;
firme siempre en el loco desvarío,

premio constante siempre de mi fe.
 La muerte me amenaza; más Leon
 llama á sus hijos á la lid sangrienta!
 Corramos á luchar, que obligación
 es del buen paladin que escudo ostenta.
 No hago nada demás, que aquel anciano
 que conozco por padre peleó
 contra el vil Asejah, el africano,
 que á la raza de Omeya destruyó.
 Luchando en los tostados arenales
 con los feroces hijos del desierto,
 dió ejemplo de valor á los leales
 y á su patria volvió todo cubierto
 de gloriosas heridas! su constancia
 premiada fué con una vil traicion,
 del cobarde Jusuf: más su arrogancia
 por mi padre vencida fué en Leon:
 Seguiré su carrera siempre honrosa.
 El militar estruendo principió,
 y de la lid sangrienta y horrorosa
 la señal repetida Alfonso dió.
 Yo lidiaré constante defendiendo
 el punto que mi padre me confie,
 y el asta fuerte con furor blandiendo
 en la batalla, Alá mi brazo guie.
 No moriré! No, no! Que amigos hados
 me guardarán tal vez en la pelea,
 admirando el valor de mis soldados
 do el estandarte enrojecido ondea.
 Más ya llega mi padre.

ESCENA TERGERA.

ABDELMELEK, OMAR.

- ABDEL. Hijo mio, ante los torreones
 el asturiano rey ahora llegó;
 al rededor tendió los escuadrones
 de la debil muralla.
- OMAR. Solo esperaba
 la señal. Ya me apresto á la batalla.
- ABDEL. Recibé, buen Omar, la bendicion
 de un padre idolatrado. (*Se oye un clarin.*)
- OMAR. Padre querido, adios, que ya á la lid
 la fatídica trompa aprisa llama:
 Un abrazo, señor!....
- ABDEL. Contigo marchó yo, hijo del alma.

ESCENA CUARTA.

ZAIDA sola.

Adios, Omar!... Marcharon!... Ay de mí!
 Oh desgraciada Zaida! Desgraciada!
 Jurar ante su padre yo le ví
 morir al filo de cristiana espada!
 Lo cumplirá sin duda, que es valiente
 el hijo temerario del walí.
 ¿Qué fué de nuestro amor, que floreciente
 entre aromas crecer alegre ví?
 Qué fué de nuestro amor? Pregunto al mundo:
 qué fué de nuestro amor? Terrible día,
 en mil desgracias y en dolor fecundo,
 que desgarró tan solo el alma mía!
 El amor ya murió! La patria sola
 llama á sus hijos á lidiar por ella!
 El pendon del profeta allí tremola,
 feroz en esos muros hoy descuella!
 Mañana tal vez no; porque la Cruz
 poderosa rival, se ostenta ufana
 tendiendo su radiante y pura luz
 sobre la media luna musulmana.
 Como en la noche clara que de estrellas
 fulminantes rodeada se miró,
 no las respeta; la abandonan ellas,
 y como antes fatídica quedó.
 Oh! Soberbios imperios que llegais
 al alto apogeo de la gloria,
 á los nobles vencidos despreciáis
 entre el grato botin de la victoria.
 Vísteis á Roma que terrible siega
 cabezas y cabezas por do quier,
 más su alzada cerviz luego doblega
 ante aquel soberano que vencer
 sus ejércitos logra, destruyendo
 tan vacilante alcázar por el pié;
 y el mundo, yugo infame sacudiendo,
 miró un gigante en el que esclavo fué.
 Entre ruinas el dosel hispano
 terrible se levanta subyugando,
 y el imperio francés y el africano
 rendidos á sus piés caen llorando.
 Su soberbia le pierde; la corona
 ciñe el último rey, que deshonorando
 á Florinda olvidaba á su Egilona,
 ejemplo de impureza siempre dando.
 Vienen los musulmanes: en Jerez

traban con D. Rodrigo la batalla;
 le vende D. Julian; vuelve otra vez
 á quedar vencedor Tarif Abdalla.
 Comete el musulman en las ciudades
 crímenes mil y mil; siembra do quiera
 la muerte y el horror que las edades
 conservan en su historia verdadera.

(Se oye el son de los clarines y el estruendo de las armas. Asómase al mirador.)

Sus clarines animan; las legiones
 se ocultan entre nube polvorosa;
 guerreros y macizos escuadrones
 se lanzan á la lid fiera y odiosa.
 Más bravo que el león de los desiertos
 es Alfonso su rey, fuerte guerrero,
 que pisa por alfombra solo muertos
 el aguerrido y noble caballero.
 Cuántas muertes! Qué horror! Toda asustada
 y temblorosa estoy! La fiera muerte
 tal vez dirigirá su fria espada
 al temerario Omar! Villana suerte!
 Sin duda morirá desesperada
 Zaida la que él amó! Tal vez llevando
 el collar del esclavo, ó deshonrada
 su muerte con mis penas publicando!

ESCENA QUINTA.

ZAIDA, UN SOLDADO.

SOLDADO. Señora, fiel soldado
 soy del valiente Omar, que entre amargura
 á la mansion eterna se ha elevado.
 premio sin par de su inmortal bravura.

ZAIDA. Oh, poderoso Alá! Oh, golpe fiero!....
 Me engañas, musulman.

SOLDADO. Plegue á Alá fuera así! Cuando el cristiano
 al asalto llevó sus escuadrones,
 allí corrió el walí; y el noble anciano,
 en medio de gigantes campeones
 un turbante divisa; va adelante;
 le siguen cien guerreros al compás
 del bélico clarín; ven á tu amante
 que con voz ronca grita: *Atrás! Atrás!*
 Gira su maza en torno; los cristianos
 atónitos ante él, casi asombrados,
 detienen el empuje; los paganos
 ai rey Alfonso atacan; sus soldados
 que ven tanto valor, corren ansiosos;
 gritan: *venganza y muerte!* Alfonso llega,

anima á sus soldados victoriosos,
 y en la muralla su pendon despliega.
 Se traba allí el combate; el agareno
 llama á voces á Alfonso; este responde:
*¡Espérame, valiente sarraceno,
 que Alfonso el rey de Asturias no se esconde!*
 Cuando en esto se hallaban los guerreiros
 se siente un alarido en rededor
 de mil y mil valientes caballeros,
 y viene Omar al suelo; con dolor
 le divisé caer; corri á su lado.....
 le reparo en seguida: herido estaba,
 y me dijo el Omar: *jura soldado,
 cumplir con un deber, porque yo espiro.*
 Por la ley que profeso, he contestado,
 tu voluntad, señor, cumplida miro.
Salva á mi amada! dijo: y al instante
 cierra sus negros ojos! Oh! fatal
 momento que le ví luchar constante!
 luego cerró su boca!.... ya mortal
 me dijo *marcha!* casi sonriendo!
 Mi mano estrecha con la suya fuerte
 por la postrera vez su boca abriendo!....
 Era, supremo Alá, risa de muerte!
 Conque: . . . huyamos, señora; los cristianos
 siento con algazara ya llegar!
 De esclavos, si caemos en sus manos,
 la cadena tendremos que llevar!
 Señora, huyamos pronto! . . .

ESCENA SEXTA.

ZAIDA, ALFONSO con la espada desnuda, TEODOREDO, CAPITANES Y GUER-
REROS.

ALFONSO.

¡Viva Asturias!

TODOS.

Viva!!

ALFONSO

Adelante, adelante, que divisé
 una mujer allí, una beldad!
 Huri de las mujeres, es preciso
 que yo delire, ó sea una deidad!

ZAIDA.

Ten tu espada!
 ¿No ves de quiera muertes y dolor?
 ¿Quién te dirige aquí? Alguna hada!
 Respeta á la desgracia y al amor!

ALFONSO.

Ante ti, rara hermosura,
 mi espada detendré; ante tí sola
 humillará el cristiano su bravura.....
 y caerá á tus piés.

ZAIDA.

Raza española,

TEODORE. cómo sabes vencer y amar despues!
 Rinde Leon
 sus castillos y torres al cristiano,
 y gallardo tremola allí el pendon
 del rey Alfonso. Mire el asturiano!
 Sus banderas ondean; sus guerreros
 llevan alzada al viedto la cuchilla;
 lidiando pisan sus corceles fieros
 los más firmes baluartes de Castilla.

ALFONSO. Siegue nuestra cuchilla los laureles
 que el musulman arrauca combatiendo.....
 y la Cruz, arrollando á los infieles,
 llevemos á Damasco, paso abriendo.
 El mundo en sangre del infiel bañado
 verá de aquel que osó feroz retarle,
 y do quiera llorando y aterrado
 implorará perdon!

TODOS. A conquistarle!!!

FIN DEL DRAMA.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 25 de Julio de 1865.

El Censor de teatros,

NARCISO SERRA.

EXAMINER'S REPORT ON THE ...
SECTION 20 ...
MARCH 12 ...

AT ...
...

Se hallará de venta este drama, á 6 reales, en la librería de *Cuesta*,
calle de Carretas.